

LAS RESISTENCIAS INDÍGENAS

*Ladislao Landa Vásquez**

En esta ocasión, quisiera desarrollar algunas ideas sobre la presencia y continuidad de las culturas nativas en espacios de Mesoamérica y los Andes. Se trata de observar el proceso constante a partir de resistencias efectivas y beligerantes. Pues, hablar de 1000 años de cultura o más, permite reflexionar también sobre los triunfos, tragedias, y conquistas de los pueblos de esta Abya Yala¹.

Para empezar, señalaremos que en México, en el siglo IX, según el historiador jesuita José de Acosta, los nahualtecas entraron a Tenochtitlan expulsando a grupos que denominaron negativamente como chichimecas (comedores de perros). Luego de esta conquista, se constituyó una especie de reinado azteca que dominaría a varios otros grupos étnicos de esta parte de Mesoamérica.

De otro lado, en el siglo XIV, en la parte central de la región andina, conocida entonces como Tawantinsuyo, Pachakutec, uno de los Inkas más conocidos de la dinastía gobernante, iniciaría una expansión luego de reaccionar ante un ataque de otro grupo poderoso, los Chankas, a quienes venció en una gran batalla – recordada después con trazos míticos – y en adelante fue conquistando territorios de otros grupos étnicos de los Andes.

Entonces, las luchas y conquistas que generaron subordinación y

* Antropólogo, CEPPAC, UnB.

¹ Tomo prestado la denominación Abya Yala de los indígenas Kuna de Panamá, quienes, al parecer, tuvieron consciencia de la geografía de su continente; este continente que se denominaría después de 1500 como América. Debo aclarar también que otros movimientos indígenas están tomando tal denominación para diferenciarse y luchar por sus derechos. Abya Yala, entonces, es una denominación indígena de América que empieza a difundirse.

dominación en los espacios mesoamericano y andino fueron un fenómeno que antecede a la llegada europea, por tanto es la misma lógica de otras tantas conquistas y derrotas de los pueblos. En los Andes centrales, por ejemplo, existe una forma de diferenciar entre sojuzgado y dominante: a los grupos que fueron conquistados y dominados se les denominaba *waris*; y a los forasteros conquistadores se les llamaba *llacuz* (Cf. Duviols, 1973).

Sin embargo, como todos sabemos, la gran invasión europea del siglo XVI fue la mayor hecatombe para las poblaciones de estas tierras, pues ésta quedó fijada en las mentes de los indígenas por la presencia extraña y por las consecuencias demográficas desastrosas a causa de la sobreexplotación de la mano de obra indígena y por la proliferación de enfermedades traídas del continente europeo.

Como es harto conocido, la descripción de la invasión europea generalmente fue narrada por los cronistas europeos. Tienen aún poca difusión las versiones nativas. Tal vez sea porque los textos y las narraciones indígenas hasta ahora se consideren como no exactas, como míticas, o quizás porque se sigue creyendo que son oscuras. Pero también debemos tener en cuenta que cuando se difunden estas fuentes indígenas, se las mitifica en términos europeos hasta quedar desfiguradas.

A pesar de estos obstáculos, me gustaría presentar algunos rasgos de esta temática conocida también como *la visión de los vencidos*, con ejemplos de Mesoamérica y los Andes.

Recordando brevemente la historia, sabemos que los españoles liderados por Hernán Cortés invadieron México en 1519, siendo la caída definitiva de Tenochtitlan y la muerte de Moctezuma en 1521 de cuya tragedia existen varios relatos. Miguel León Portilla (1985), uno de los más importantes historiadores mexicanos, ha recogido diferentes fuentes indígenas a las cuales denominó precisamente *la visión de los vencidos*. Estas fuentes son los denominados *códices*, una especie de memoria pictórica inscrita por indígenas, las que fueron grabadas en lienzos y papeles luego de la conquista. Actualmente conocemos, por ejemplo, el código Florentino, código Aubin, código Ramírez y el lienzo de Tlaxcala. También los mismos indígenas escribieron en castellano, y algunos clérigos, como es el caso del padre Bernardino de Sahagún, se dedicaron a recoger esta información proveniente de tales pueblos.

En los Andes, el imperio de los Inkas fue invadido por Francisco Pizarro en 1532, trece años después de México, asesinando al Inka Atahualpa en 1533. Aunque en el Perú no encontraron fuentes como los códigos mexicanos, tenemos textos en kechwa y castellano hechos por

indígenas luego de la invasión; además de los *kipus*² y otras tecnologías de la memoria que hasta ahora no se han logrado descifrar completamente. De los textos indígenas, escritos en alfabeto latino, se consideran, por ejemplo, *El anónimo de Huarochiri* (hallado en los archivos del padre Francisco de Ávila, que corresponde a inicios del siglo XVII, alrededor de 1608); así como las más de mil páginas del manuscrito de Guaman Poma de Ayala, *El primer Nueva Corónica y buen gobierno* (1615); los escritos de Juan Santa Cruz Pachakuti Yamqui Salcamaygua, *Relaciones de antigüedades deste Reyno del Piru* (1613); y las obras del Inka Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas* (1609).

Una mirada a estos y otros textos indígenas de México y el Perú muestra que los aztecas y los inkas fueron advertidos por anuncios extraordinarios y fenómenos cosmológicos extranormales en relación a la inminencia de una gran tragedia histórica³. Así, según estos relatos, las estrellas y los malos augurios adelantaron la presencia española. Las posteriores interpretaciones de estudiosos consideraron que el desánimo y la depresión de la nobleza indígena (Moctezuma e Huayna Capac), fruto de estos anuncios, habría evitado un liderazgo adecuado para la defensa de los Estados indígenas prehispánicos. Ellos concluyen que los españoles lograron capturar fácilmente las cabezas principales de los reinos o imperios azteca e inka, gracias a esta debilidad. En esta misma línea de razonamiento, otros agregan que una vez capturada la cabeza, el cuerpo cayó rápidamente en manos de los colonizadores. De la misma manera, se afirma que los españoles, extranjeros venidos del mar, fueron considerados dioses por los indígenas y su temor habría determinado la dominación. Sobre esta interpretación quiero hacer un breve comentario.

Dioses extranjeros es una temática bastante explorada por algunos estudiosos, y a veces asociada con mucha facilidad con interpretaciones exóticas que se solazan con lo extraordinario de tales concepciones catastróficas: los indígenas perdiendo frente a dioses. A este respecto, Tzevetan Todorov en *La conquista de América* (1996) nos dice que la

² Los *kipus* son grupos de cuerdas de diversos colores y con nudos en diferentes espacios que permitan guardar información a los Inkas; es un sistema de memoria especialmente usada por los *kipukayos* –especialistas en la lectura y elaboración de *kipus*– que llevaban las cuentas del gobierno central y los gobiernos locales durante el denominado imperio inkaico.

³ Los indígenas peruanos en su lengua tradicional, el *kechwa*, denominan también *pachakuti* a los cambios, identificando con este término hecatombes, transformaciones de la naturaleza y los gobiernos indígenas.

comunicación interhumana fue más efectiva entre los españoles liderados por Hernán Cortés, mientras que los aztecas y Moctezuma habrían errado en su comunicación. Esto es, mientras que Cortés estaba tratando con seres humanos, intentando comprenderlos, Moctezuma sólo estaba interpretando los signos de la naturaleza, comunicándose con el cosmos olvidándose de los humanos, de tal manera fue aislándose de su pueblo, lo que habría sido aprovechado por los conquistadores. Estas serían las razones por la que los españoles habrían ganado su guerra de invasión.

Estas argumentaciones generalmente olvidan que, aún cuando los indígenas consideraron a los europeos como dioses venidos del mar, Moctezuma y Atahualpa fueron también conceptualizados como hijos de dioses según la misma tradición indígena. Y para este tipo de argumentaciones no hay necesidad de remitirse a la mitología griega para comprender tales concepciones. Una lectura de los textos de nativos, nos permite decir que tanto los europeos llegados del mar y los gobernantes nativos (Moctezuma e Atahualpa) también podían corresponder a la estirpe de dioses, sin que esto llegue a ser algo extraordinario. En ese entonces no se tenía la concepción de sociedades secularizadas que la modernidad ha difundido, donde los dioses están lejos del alcance humano. Los dioses de los habitantes de Abya Yala fueron más humanos y más flexibles en su definición que los dioses occidentales judeo-cristianos del modernismo. De otro lado, no debemos olvidar que los nahualt y kechwa hablantes, habían descubierto que estos dioses españoles venidos de más allá del mar también “*ansiaban por oro como puercos hambrientos*”.

No obstante, en esta discusión interminable sobre las causas de la derrota indígena, encuentro que aún tiene vigencia la tesis sostenida por historiadores mexicanos y peruanos, quienes consideran que fueron las peleas interétnicas las que contribuyeron efectivamente a la tragedia indígena⁴. El poder azteca sólo fue vencido con la ayuda de los aliados Tlaxcaltecas e Tezcocanos a quienes recurrieron los españoles. En el Tawantinsuyo fueron los grupos étnicos Cañaris y Wankas los que apoyaron a Pizarro para su triunfo. Los españoles aprovecharon el resentimiento de los grupos subordinados, y ésta es la causa más plausible

⁴ En el Perú se puede mencionar a Waldemar Espinoza Soriano, *La destrucción del imperio de los incas* y en México a Miguel León Portilla, *A visão dos vencidos* como los estudiosos que mostraron esta realidad de alianzas y derrota de los imperios prehispánicos.

de la caída de estos denominados imperios. No debemos olvidar que el problema fue la lucha por el poder – como en cualquier lugar en el mundo – lo que debilitó una resistencia conjunta contra los invasores europeos.

Volviendo a los escritos nativos, uno de los problemas centrales de su interpretación sigue siendo también la asimetría en reflejar el pensamiento y el sentimiento de los indígenas. Los códices aztecas o mayas, los textos de Guaman Poma y Santa Cruz Pachakuti, a menudo reflejan intereses de las aristocracias indígenas quienes trataron de acomodarse al sistema colonial. Es esto lo que el historiador Tristan Platt (1988) denominó *Pacto Colonial* a partir de sus estudios en Bolivia. Estos indígenas aristócratas, que fueron conocidos posteriormente como caciques, gobernadores, cobradores de tributo, fiscales, fueron los que formaron la base del sistema en la época de la Colonia tornándose en los engranajes de la maquinaria colonial. Ellos fueron algunos de los que escribieron esta visión de los vencidos. Entonces, la lectura tiene que ser cuidadosa al tratar de recoger dicha visión, pues entre estos vencidos tenemos que hacer una distinción entre la élite gobernante y el pueblo. Por tanto, una lectura debería tratar de penetrar también en las interlíneas de los relatos de estos indígenas. Es necesaria una hermenéutica desapasionada que vaya más allá de una admiración acrítica de los cronistas indios.

Tratando de retomar una hipótesis anunciada por historiadores latinoamericanos, podría decir que los sectores dominados de la sociedad indígena percibieron la invasión europea como otra lucha de las élites que se disputaban el poder. Se trata, pues, de sociedades (la azteca y la inka) donde la jerarquía y la subordinación fue institucionalizada desde mucho tiempo atrás, esto es, fueron producto de estados jerárquicos donde la religión tenía una importancia fundamental para esta subordinación. Entonces, en estas batallas por el poder, el pueblo estaba participando en una lucha sin mayores opciones de autonomía e independencia.

Sin embargo, a partir de esta constatación, no debemos entender que la subordinación es parte esencial de las sociedades indígenas. Por el contrario, las resistencias a la dominación se ha expresado en todo momento, pues todos los pueblos manifestaron su inconformidad con los dominadores. Por tanto, debemos recordar que luego de la invasión europea, en esta Abya Yala, no solamente existió resistencia sino también negociación entre poderes. Y esto fue comprendido desde temprano por los mismos invasores.

Y tomando como ejemplo el caso andino, podemos constatar que la figura del inka fue mantenida por mucho tiempo por los españoles. Desde los mismos inicios de la dominación castellana, generalmente hubo pactos con la élite indígena para asegurar el poder, aunque este pacto fuera muchas veces traicionado por los invasores. Desde el lado de la misma élite indígena también se procuró pactar con los “bárbaros” españoles. Por ejemplo, el inka Huascar (el otro contendor del trono real) y su entorno, en su lucha contra Atahualpa, ayudó de alguna manera a los invasores creyendo que lograrían controlar el gobierno.

No obstante la misma nobleza indígena también se rebeló contra los invasores, y los españoles tuvieron que enfrentar los ataques armados de parte de esta nobleza. En realidad, parte de la nobleza Inka resistió esporádicamente casi a lo largo del siglo XVI. Uno de estos líderes de la resistencia fue Manco Inka, que en un inicio fue aceptado como Inka por los españoles, luego inconforme huyó y dio una batalla que casi reconquistó Cuzco, y al no lograrlo se refugia en Vilcabamba – donde fue asesinado por un enviado del virrey español. Algunos historiadores peruanos señalan que sólo en 1572, cuando el considerado último inka, Tupac Amaru I, fue asesinado por el virrey Toledo en la plaza de Cuzco, habría acabado la dinastía formal de los inkas.

No solamente fueron los inkas y la nobleza que se expresaron contra la dominación colonial, pues las sociedades periféricas – las antiguamente dominadas por los Inkas – también pusieron su cuota de resistencia. Tal es el caso del movimiento nativista Taqui Onqoy en Ayacucho (Perú), que propuso la creación de una alianza de religiones indígenas locales para derrotar a la religión cristiana. En esta línea de resistencia también podemos ubicar el levantamiento de Juan Santos Atahualpa – un mestizo que se presentó como inka entre la población de la amazonia central peruana – quien dificultó la administración del Estado colonial durante gran parte del siglo XVII, atacando varias ciudades de la sierra peruana, e impidió el trabajo de los misioneros franciscanos y jesuitas en dicha región; nadie sabe exactamente cómo murió Santos Atahualpa, las leyendas dicen que subió a los cielos en medio de una cortina de humo.

En México, la situación no se presentó en forma diferente. Aunque no fue la nobleza quien resistió, sino las sociedades que no estuvieron directamente subordinadas al poder azteca. Fueron Guachichiles, Pames, Guamares e Cascanes – conocidos desde el tiempo del dominio azteca como chichimecas – los que resistieron en su condición de sociedades

nómadas. Las rebeliones de los injustamente llamados chichimecas del siglo XVI fueron impulsadas por sacerdotes indígenas a través de un discurso sagrado nativista, bastante parecido al movimiento Taqui Onqoy del Perú.

Sin embargo, fue en el siglo XVIII donde se manifestaron definitivamente las grandes rebeliones indígenas; y quizás fueron las últimas que se expresaron con un sentimiento profundo de recuperación del pasado indígena. De estas rebeliones, la más conocida y más estudiada es la rebelión de Tupac Amaru II y Tupac Katari en el espacio andino. Estas luchas fueron justamente en el periodo en que la explotación del pueblo indígena se había agudizado como consecuencia del sistema de los repartos, y el régimen colonial estaba mostrando signos de agotamiento generando una corrupción en sus diferentes estamentos. Los repartos fueron la propia expresión de esta crisis, pues consistían en una venta forzada de mercancías a los indígenas por comerciantes españoles o criollos con el fin de recuperar las inversiones que habían realizado para comprar cargos, uno de los cuales fueron las reparticiones – una modalidad de gobierno colonial, a nivel local, que de alguna manera es una herencia transformada de las encomiendas.

Tupac Amaru II, al iniciar su protesta contra los repartos, de pronto descubrió que una gran parte de la población indígena e incluso grandes caciques apoyaban su iniciativa; de esta manera se envolvió en una gran lucha cuyos ecos se sintieron en casi todo el sur del Perú y gran parte de la actual Bolivia.

Es interesante detectar que esta rebelión fue una demostración de la supervivencia de un imaginario sobre la nobleza inka que aún se mantenía en el Perú a pesar de casi 300 años de haber transcurrido la derrota de Atahualpa. Y Tupac Amaru II consciente de esta realidad levantó y aprovechó esta ideología para presentarse como descendiente del último inka Tupac Amaru I – como señalamos ya, muerto en Cuzco en el siglo XVI. Tupac Amaru II, a través de su rebelión casi logró tomar Cuzco, pero lamentablemente fue aprisionado en 1781 y asesinado – luego de una tortura que es recordada en las primeras páginas de *Vigilar y castigar* de Michael Foucault –, pues fue violentamente tironeado de los brazos y piernas por cuatro caballos para descuartizarlo, y al no poder lograr este propósito los verdugos españoles le arrancaron la lengua muriendo lentamente; una vez muerto, su cabeza cercenada fue exhibida a las salidas de Cuzco. Después de su muerte fueron

prohibidas las lecturas de uno de los libros más importantes de la tradición indígena-colonial, los *Comentarios reales* del Inka Garcilaso de la Vega, documento que habría permitido, según pensaban los colonizadores, mantener la tradición indígena.

Una vez derrotado Tupac Amaru II en Bolivia, entre 1781-82, surge otro líder que tomó el nombre de Tupac Katari quien continúa la lucha con un discurso más radical, pues no quería alianzas con los mestizos y menos con los europeos. En realidad Tupac Katari resistió más tiempo, pero también fue capturado y asesinado igual que Tupac Amaru II.

Con todas estas luchas indígenas y el creciente inconformismo de sectores del criollismo, la corona española intentó aún retener su dominio cambiando su modalidad de gobierno y copiando el sistema de intendencias del modelo francés; pero el siglo XIX, como sabemos, es el siglo de las luchas de emancipación e independencia donde los líderes indígenas también tuvieron un papel importante.

Sin embargo, con el triunfo de las repúblicas criollas, los indígenas fueron alejados de cualquier participación en el gobierno. Por tanto, en el siglo XIX e inicios del XX los movimientos indígenas se sentían marginados y muchos líderes y grupos indígenas continuaron rebelándose y levantando ideas del pasado prehispánico como respuesta a esta marginación y nueva dominación criolla. En el Perú, por ejemplo, hasta los años 30 del siglo XX, podíamos presenciar a líderes que asumían banderas del Tawantinsuyo de los Inkas en sus protestas y rebeliones.

Ahora, al finalizar el milenio occidental-cristiano e iniciar otro, la pregunta salta a la vista: esta tradición de rebeliones indígenas aún permanece. Una mirada atenta nos permite observar un resurgimiento creciente de las protestas indígenas en varios países, siendo uno de los más importantes, en términos de identidad y reivindicación indígena, lo expresado en Ecuador – primero en 1990 y con levantamientos menores a lo largo de toda la década, para culminar con un nuevo gran levantamiento en enero del 2000, el mismo que llevó a proclamar un perentorio gobierno con un presidente indio. Lo cual demuestra que los movimientos indígenas de los años 90 cada vez están más fortalecidos, no sólo en Ecuador sino también en Bolivia, Chile, Colombia y Perú evidenciando una mayor presencia política de los indígenas en el escenario nacional e internacional. Actualmente, en México, el movimiento indígena en Chiapas expresado en la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) es heredero de una larga lucha de los indígenas que intermitentemente resistieron a la dominación colonial y republicana.

Por otro lado, en la actualidad, el movimiento político de los indígenas ha comprendido que sólo puede expresarse realizando una alianza entre los diferentes grupos étnicos que sobreviven en América. En terminos ideológicos, este movimiento contemporáneo se ha definido como indianismo, el cual quiere diferenciarse de los modos paternalistas del indigenismo – cuyo liderazgo estaba en manos de personas que no se identificaban como indios, sino como mestizos y hasta blancos que querían proteger al indio e integrarlo a la nación. El indianismo, parte de otra perspectiva, pues considera que deben organizarse en un movimiento pan-indígena autónomo, cuya bandera más importante es precisamente la defensa de sus instituciones colectivas. Esto nos abre también a que la concepción de identidad diferenciada de los indígenas no es un descubrimiento moderno (ni postmoderno) sino que continúa una tradición que viene de muy atrás; y está expresándose hoy más que nunca para defenderse del ataque neoliberal que amenaza con la destrucción de la propiedad colectiva.

Entonces ¿cuáles serían las lecciones que podrían obtenerse de estas luchas históricas? La primera sería que existe una continuidad en la autopercepción indígena como parte de una tradición cultural diferenciada, lo que ha permitido una resistencia activa, aunque intermitente. Sin embargo, encontramos que históricamente también existen algunas diferencias en los modos de resistencia en México, Perú y otros países y regiones. En el Perú, las luchas generalmente tuvieron un referente de la nobleza para movilizar la rebelión. En México, fueron las poblaciones no jerarquizadas las que más se rebelaron.

Pero una marca que unifica todas estas rebeliones es que los movimientos indígenas beligerantes, siempre han tratado de enfrentar los modos de dominación colonial. Como tantas otras rebeliones en el mundo, todos los levantamientos en las regiones mesoamericanas y andinas tuvieron una motivación: el descontento frente a la colonización y dominación.

Debemos considerar también que los desenlaces de estas luchas, a veces no fueron totalmente positivos debido a la ausencia de alternativas que interpreten las transformaciones ocurridas a lo largo del periodo colonial y la época republicana. Los líderes de los movimientos mostraron buena comprensión en relación a las reivindicaciones indígenas, pero no lograron vislumbrar las propuestas de sus posibles aliados, que ayudarían a conquistar sociedades nuevas – diferentes de la colonial, de la

dominación terrateniente republicana y de las oligarquías financieras actuales – las cuales no fueron coherentemente argumentadas.

Y para finalizar, quisiera mencionar otro aspecto en estos desenlaces, el que se refiere a la incertidumbre. Las resistencias beligerantes de los indígenas de nuestro continente, como otras tantas luchas de las sociedades subordinadas, también se han mostrado inconmensurables, pues existe una riqueza de lecciones difíciles de aprehender; porque, al parecer, no existe una lógica en sus fines – en ese sentido, a veces, tienen algún parecido con determinadas fiestas andinas donde nadie sabe lo que pueda suceder en el proceso. Pero no debemos olvidar también que las rebeliones tienen algo que las empuja, generalmente son utopías, sueños que llevan a los subordinados a rebelarse. Esta particularidad tuvo la historia de las rebeliones indígenas en esta Abya Yala, pues, hasta ahora, nadie se propuso una rebelión contra la dominación sin contar con una utopía. Y en esta incertidumbre, tampoco sabemos en qué manos caen los esfuerzos de las luchas por la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de las Indias* (1590), México, D.F., Fondo de Cultura Económica. Ed. y pról. Edmundo O’Gorman, 1962 (Reimpresión 1979).
- ANÓNIMO DE HUAROCHIRI, (1608?). Gerald Taylor (comp.), *Ritos y tradiciones de Huarochiri*. Manuscritos del padre Francisco de Ávila. Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 1987.
- DUVIOLS, Pierre. “Huari y Llacuaz, agricultores y pastores: dualismo prehispánico de oposición y complementariedad”. *Revista del Museo Nacional*, Lima, n° 39, 1973.
- ESPINOZA SORIANO, Waldemar, *La destrucción del imperio de los incas*, Lima, Ediciones Retablo de Papel, 1973.
- GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe, *Nueva Coronica y buen gobierno* (1615). Ed. y pról. de Franklin Pease G. Y. Lima, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- INCA GARCILASO DE LA VEGA, 1609, *Comentarios reales de los incas*, 3 tomos. Lima, Editorial Peisa, Biblioteca Peruana, 1973.

- LEON PORTILLA, Miguel. *A visão dos vencidos*, Porto Alegre, L&PM, Editores, 1985.
- PLATT, Tristan, “Pensamiento político aymara”, Xavier Albo (comp.), *Raíces del mundo aymara*, Madrid, Alianza América/Unesco, 1988. pp. 365-440.
- SANTA CRUZ PACHACUTI YAMKI SALCAMAYGUA, Juan de, *Relacion de Antigüedades deste Reyno del Piru* (1613). Cusco, Institut Français d'Études Andines/ Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1993.
- TODOROV, Tzevetan. *A conquista da América, a questão do outro*. São Paulo, Martin Fontes, 1996.
- WACHTEL, Nathan, *La vision des vaincus. Les indiens du Pérou devant la conquête espagnole*. Paris, Editions Gallimard, 1971.